

## COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

### ELECCIONES PARCIALES EN FRANCIA

Era evidente—y así se comentó en su día—que la canija victoria de Valery Giscard d'Estaing en las elecciones presidenciales del pasado mayo no invitaba a repicar las campanas a los no izquierdistas de Francia y demás países. El aserto no se basaba en una opinión, sino en la objetiva realidad de las cifras: en la segunda vuelta, la mayoría conseguida por Giscard d'Estaing sólo alcanzó el 51,81 por 100 de los votos. Por tanto, la izquierda unida obtenía el 49,19 por 100 de los sufragios galos. En suma, se evidencia que desde las elecciones legislativas de 1967, tomadas como punto de referencia, en que los partidos de izquierda, no unida, lograron el 43,51 por 100 de los votos, la izquierda avanza paulatinamente hacia el poder por el cauce electoral, sin necesidad de sacar a relucir el arsenal de medios revolucionarios clásicos, que a estas alturas, antes que arrastrar al pueblo, lo torna circunspecto. De ahí el no muy aventurado vaticinio de que en las elecciones legislativas de 1976, si es que no se anticipan, hay grandes probabilidades de que esa nueva modalidad francesa del Frente Popular, que es la izquierda unida, se alce de las urnas con el santo y la limosna, siempre que se mantenga unida. Pronosticar que así será es más aventurado que dar por harto posible su éxito electoral, de mantenerse la unión. La crisis económica, con sus inevitables consecuencias de malestar social, no será la que obstaculice el avance izquierdista.

No son las elecciones parciales celebradas en Francia el 29 de septiembre, y el 6 de octubre en segunda vuelta, las que desmienten el lento progreso de la izquierda. Por supuesto, unas elecciones parciales sólo reflejan de modo fragmentario el sentir de un país, como estiman ciertos exegetas de la política interior gala. Con todo, el éxito o el fracaso de esta o aquella personalidad, amparada por esta o aquella formación política, es indicativo de un estado de ánimos que se expresa en el comportamiento electoral.

En estas elecciones se trataba de proveer seis escaños vacantes por defun-

ción o bien por haberlos perdido sus primitivos titulares al formar parte del Gobierno, como fuera el caso de Pierre Messmer y de los señores Fontanet y Lecat. O sea que los candidatos no eran «giscardianos» propiamente dichos, aunque lo apoyaron en su carrera al Elíseo, una vez eliminado el candidato de la UDR, Jacques Chaban-Delmas, singularmente los señores Fontanet y Lecat. Con todo, estos dos antiguos ministros del Gobierno Messmer han resultado derrotados, respectivamente, por un socialista (58,36 por 100 de los votos) y un radical de izquierda. De otra parte, los demás candidatos de la UDR—Messmer, Torre, Guichard y Guena—, que por cuarta vez vuelven a la Asamblea, ganaron por puntos. Por tanto, sólo formarán parte de la mayoría parlamentaria, en la que se apoya Giscard d'Estaing, cuatro de los seis diputados anteriores. Sustituyen a los derrotados dos representantes de la izquierda moderada, más reformadora que revolucionaria, desde luego, a despecho de programa común y unión indestructible con el partido comunista, según se ha proclamado a la rosa de los vientos. Bien parece que es esa izquierda moderada la que goza el favor del gran número de franceses que integran «la otra Francia», a la que el presidente de la República tiende a no llamar «la oposición», sino la «minoría», denominación que desvirtúa la realidad por cuanto la «minoría», numéricamente, le pisó los talones a la «mayoría» en las elecciones presidenciales y amenaza con comerle el terreno en futuros comicios, singularmente si la UDR sale al ruedo como formación política con personalidad propia, sólo circunstancialmente presente en el campo giscardiano, campo cuyos límites son por lo demás un tanto imprecisos.

En efecto, después de estimar en su campaña electoral que Francia quería que la gobernasen en el centro, Giscard d'Estaing actúa en parte como si debiera gobernarse desde la izquierda, sin duda influido por un complejo de victoria electoral recortada. Ese reconocimiento tácito del peso de la izquierda en la vida política y sindical de Francia condiciona —y en cierto modo determina— la singladura del tercer presidente de la V República. Asimismo la condiciona —y en cierto modo la determina— el tener que contar con la mayoría parlamentaria, de la que es pared maestra la UDR, una UDR un poco recelosa por cuanto considera que Giscard d'Estaing se desvía de la línea política trazada por el gaullismo. De hecho, entre los tirones de la izquierda y los de la derecha, el centrismo reformista del nuevo presidente galo tiene visos de titubeante zigzaguo, aunque con alguna propensión a acentuar la incursión hacia la izquierda moderada.

Tal sugieren recientes declaraciones del hasta hace poco presidente de lo que sobrevive del viejo partido radical—anteriormente escindido— y durante unos días ministro del Gobierno Chirac, Jean-Jacques Servan-Schreiber. «La opción se impone—dijo, mirando de reojo a Giscard d'Estaing—, se sitúa entre la izquierda colectivista y la izquierda reformadora.» Dicho con otras palabras, no hay otra alternativa que esta o aquella izquierda. Planteado así el problema—y la acción gubernamental francesa no desmiente rotundamente el acierto de tal planteamiento—, queda para el futuro que entre una izquierda que no osa decir su nombre y se apoya en sectores del centro y la derecha, como viene haciendo el equipo gubernamental francés, y una izquierda fiel a sí misma y que actúa a cara descubierta, no se descarta que franceses políticamente indefinidos, desconcertados por la ambigüedad de la gestión gubernamental bajo la égida de Giscard d'Estaing, aumenten las filas de quienes no recatan la carta que pretenden jugar, en particular si advierten que la jugarán con moderación, como es el caso de los seguidores de Mitterrand.

Es una de las lecciones que cabe sacar de las últimas elecciones celebradas en Francia. Otra es que François Mitterrand se sitúa cada día más en condiciones favorables para navegar con viento en popa rumbo al futuro, aunque el escollo del partido comunista no sea riesgo desdeñable en la navegación hacia el poder del partido socialista, en definitiva sólo un partido más dentro de la unión de la izquierda, cosa muy otra que ser *primus inter pares*. Si lo olvidara, se cuidarían de recordárselo.

\* \* \*

#### UN AÑO DESPUÉS EN EL PRÓXIMO ORIENTE

El 6 de octubre ha cumplido un año de iniciarse un nuevo conflicto árabe-israelí, el cuarto en los veintiséis años de existencia del Estado de Israel. Lo menos que puede decirse de esta creación de la ONU, presionada por los Estados Unidos y con el visto bueno de la URSS, es que no ha sido precisamente un factor de esa paz que, en teoría, persigue sin desmayo, a escala planetaria, el organismo internacional. Cierto es que, registrado el nacimiento del infante, apenas si la ONU ha podido intervenir entre los contrincantes, a no ser para que su Consejo de Seguridad dictara resoluciones de las que maldito el caso que ha hecho Israel. El no cumplimiento

de la Resolución 242, votada con motivo del conflicto de 1967, ha sido la causa inmediata de la guerra del año pasado, que todavía colea, al extremo de que los adversarios siguen en pie de guerra, vigilantes, desafiantes, altamente peligrosos para el vacilante equilibrio conseguido por la terapéutica del doctor Kissinger.

Sin embargo, desde el año pasado a esta parte, no puede decirse que la acción ha quedado en suspenso en el escenario del Próximo Oriente, aunque no se haya avanzado positivamente en la solución del complicado conflicto. Por lo pronto, en Israel otros son los protagonistas políticos y militares, como consecuencia de las elecciones de diciembre de 1973 y dimisión de Golda Meir, así como de los informes de la Comisión Agranath, encargada de investigar los fallos que dieron pie a los éxitos militares árabes, lo que implica responsabilidades y sanciones. Lógicamente, los resultados de las investigaciones no se han hecho públicos, pero la desaparición por el escotillón de conocidos militares israelíes permite deducir parte de aquellos resultados. Así la dimisión del general Eleazar, jefe del Ejército israelí, que subestimó frívolamente la capacidad militar de sirios y egipcios, y la destitución del jefe de los Servicios de Información, general Zeira, y de sus adjuntos son elocuentes. Como lo es el olvido en que ha caído el ministro de la Defensa, el famoso tuerto Moshe Dayan, que con motivo del conflicto de 1967 la propaganda parangonó nada menos que con Napoleón. Suerte similar ha corrido en el orden militar el general Sharon, despojado de la aureola de promotor del plan de contraofensiva que llevó a las fuerzas israelíes a territorio egipcio. Al parecer, desde hacía tiempo, el Estado Mayor israelí había estudiado la penetración en Egipto por el lago Amargo.

Caído del pedestal de la gloria estratégica, el general Sharon sigue aupado en el de la actividad política, militando en el partido Likud de Menahem Begin, que no ha cesado de revolverse contra la dirección política y militar de Israel en nombre de los principios ultranacionalistas que informan su movimiento. Pese a la furiosa propaganda denigratoria contra los dirigentes israelíes, el Likud no logró desbancar al partido laborista en las últimas elecciones, si bien ganó seis escaños en la Knesset, con el 29,5 por 100 de los votos. El partido laborista logró el 38,8 por 100, pero perdió escaños. Es decir, que el Likud tiene peso específico en Israel, lo que resta libertad de movimientos al Gobierno encabezado por el general Rabin, sucesor de Golda Meir, que no fue ratificado por la Knesset hasta el pasado 3 de junio y sólo por 61 votos a favor y 51 en contra. Tan exiguo margen de maniobra

reduce a chalaneo la política del Gobierno Rabin, que hay tendencia a calificar de «paloma», junto con su ministro de Asuntos Exteriores, Ygal Allon, sucesor de Abba Eban. De hecho, esas «palomas» sacan en ocasiones las garras de los «halcones» y, en todo caso, sumen al observador en la perplejidad con sus declaraciones un tanto contradictorias y confusas, que malencubren el perseguido objetivo de resolver el problema pendiente con los árabes a base de sucesivos acuerdos bilaterales. De ahí el ofrecimiento hecho a Egipto de retirada de las fuerzas israelíes del Sinaí—salvo de su sector petrolífero, vital para Israel—a trueque de un tratado de paz, y la propuesta formulada a Jordania de evacuar la Cisjordania mediante un acuerdo de no beligerancia. De momento por lo menos, Siria queda excluida de cualquier concesión relativa al Golán.

Aun estimando sinceras las propuestas del presidente Rabin, es de destacar que, aparte de la reacción del mundo árabe frente a arreglos bilaterales que romperían la unidad de acción, está la oposición del Likud a cualquier cesión territorial. Los «colonos salvajes» que han irrumpido en Cisjordania con el propósito de afincarse en ese territorio son un anticipo de las acciones que podría acometer ese furibundo partido, uno de los factores que obstaculizan el camino de la paz. Sin embargo, puesto en la balanza el partido Likud y el apoyo norteamericano, no es dudoso que prevalecerían los Estados Unidos, determinantes del rumbo que haya de tomar Israel para arribar a la paz, si bien en la actual coyuntura no se impone qué guiso prepara Washington, el que empezó a guisar el presidente Nixon con la ayuda de Kissinger u otro muy diferente.

También parecieron tener los Estados Unidos una acción determinante en las orientaciones de los países árabes fronterizos de Israel, países donde, si bien siguen actuando los mismos protagonistas que hace un año, éstos dan señales de disponerse a desistir del papel que habían empezado a cambiar. Es en particular el caso de Egipto; en muchísima menor medida el de Siria, aferrada a su amistad con la URSS. En cuanto a Jordania, las circunstancias amenazan con invalidar su capacidad decisoria. La rectificación de orientación se impone sobre todo en Egipto, donde el viaje triunfal del presidente Nixon y los acuerdos norteamericano-egipcios del 14 de junio son parte de una luna de miel abocada al desengaño. Impulsa Egipto no sólo a endurecer su posición y aludir de pasada a un nuevo choque armado para recuperar los territorios que detenta Israel, sino a desandar lo andado para distanciarse de la URSS, una vez comprobados los menguados resul-

tados de la acción norteamericana en calidad de amigable componedor y remediador de los graves problemas económicos de aquel país. Tal es el significado del próximo encuentro Breznev-Sadat, del que podría salir una nueva guerra y, cuando menos, un giro diplomático de Egipto que daría al traste con la confianza en la capacidad de Washington para ser verdadero instrumento de paz y concordia en el Próximo Oriente y, por vía de consecuencia, en el Mediterráneo.

\* \* \*

#### EL ENCUENTRO FORD-ECHEVERRÍA

Pese al gesto de campechana amistad de Gerald Ford, colocando en su presidencial testa un sombrero mejicano, no ha dado los frutos esperados su rápido viaje a Méjico del 21 de octubre. Desde la era de los pronunciamientos, fuente de anarquía y parálisis de un Estado casi inerme frente al expansionismo de los Estados Unidos, que arramblaron con Tejas, California y Nuevo Méjico, anexionados mediante el pago de 115 millones de dólares!, ha corrido mucha agua. Méjico ha dejado de ser el revuelto y subdesarrollado país que desde el otro lado del río Grande estaba pendiente de la complacencia de su poderoso vecino. No puede decirse ya el famoso «¡Pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!»

Con relación al viaje de Gerald Ford—habitual cortesía al tomar posesión un nuevo presidente de ambas repúblicas—, los portavoces de la Casa Blanca puntualizaron que no se había preparado un temario de conversaciones. Era superfluo. Los temas a tratar se imponían: Por parte de Méjico, el nunca resuelto problema de la emigración de braceros mejicanos, mano de obra necesitada por los granjeros norteamericanos, lo que no impide generalmente un trato desconsiderado; la cuestión del desequilibrio de la balanza comercial entre los dos países, con sensible déficit para Méjico, y el retorno de Cuba a la OEA. Por parte de los Estados Unidos, el tráfico de drogas a través de la frontera y, destacadamente, lo relativo al descubrimiento de vastos yacimientos de petróleo, calculados en 20.000 millones de barriles, en la región de Tehuantepec, concretamente a lo largo de 35 millas de costa sur del golfo de Méjico.

Aunque sólo a mediados de octubre, procedente de Washington, se diera la noticia de ese descubrimiento, es evidente que con anterioridad los me-

dios interesados norteamericanos sabían a qué atenerse. En realidad, antes que de descubrimiento debiera hablarse de «redescubrimiento», por cuanto la región de Tehuantepec—lo mismo que las zonas de Poza Rica, Tampico-Panuco y Franja de Oro—era bien conocida de las compañías norteamericanas y británicas afincadas en Méjico desde principios de siglo. Pero su entusiasmo inversor e investigador se fue aplacando a medida que se desarrollaba el programa de reformas sociales del presidente Cárdenas. Alegando su escasa rentabilidad o agotamiento, se fueron abandonando explotaciones. La participación de los trabajadores en los beneficios de las sociedades fue punto culminante de la crisis entre los petroleros y el Gobierno mejicano. Desembocó en 1938 en la nacionalización del petróleo y la creación de la empresa nacional Pemex, que investiga, explota, refina y vende el petróleo y subproductos. Las grandes reservas de petróleo recientemente halladas corresponden a yacimientos que se dieron por agotados, tal vez porque hace unos años los sondeos *off-shore*, mar adentro, no podían llevarse a cabo intensamente por falta de los medios materiales y técnicos de que se dispone actualmente.

Es lógico que la eventualidad de tener tan cerca un caudaloso río de petróleo, que llevaría la producción de Méjico de 200.000 barriles diarios a dos millones en 1980—según se dice—, haya conmocionado a los dirigentes norteamericanos, ansiosos de oro negro para resolver tanto la crisis económica presente como para remediar sus necesidades futuras. Mas como quiera que en materia de petróleo, tal como está planteada la cuestión en la actualidad, no caben grandes variaciones sobre el tema, se pudo anticipar que el presidente Ford trataría con el presidente Echeverría de la postura que Méjico adoptaría con relación a la nefasta OPEP, que impone su ley económica a los consumidores. Concretamente, el presidente Ford había de afanarse por concertar un acuerdo amistoso con Méjico a fin de que este país le facilitara la tercera parte de las importaciones totales de petróleo extranjero de los Estados Unidos, es decir, concediera preferencia a los Estados Unidos como corresponde a «las relaciones especiales entre dos buenos vecinos», como dijera el presidente Ford en su discurso, en el que además aludió a la necesidad de un «nuevo diálogo con Iberoamérica». Pero fortalecido por la evidencia de que se solicitaba a Méjico, aun antes de entrevistarse con su colega, el presidente Echeverría se había anticipado a declarar que no haría concesión alguna a los Estados Unidos; por tanto, que no les daría trato preferencial, hipotecando la libertad de movimientos

de su país en materia petrolera. Y así lo ha cumplido, amparándose en parte en el argumento de que en realidad no se podía calcular exactamente la cuantía de los yacimientos descubiertos y que, en todo caso, Méjico sólo vendería los sobrantes, por supuesto al precio del mercado mundial, fijado inicialmente por la OPEP, que decididamente ha proyectado su sombra sobre la entrevista Ford-Echeverría. También han proyectado su sombra los braceros mejicanos, problema pendiente cuya solución los Estados Unidos han encomendado a una Comisión, lo que equivale a no resolver gran cosa. Así lo ha entendido el presidente Echeverría, porque se ha referido a la necesidad de remediar las causas económicas que provocan la emigración. A este respecto, el notable incremento de la producción petrolera de Méjico puede ser determinante para intensificar su desarrollo, tanto más cuanto que actualmente los países consumidores más industrializados ofrecen a porfía a los países productores de oro negro equipos, utillaje, técnicas, técnicos y asesoramiento a trueque de un suministro seguro. Por ello se precisaba mucho optimismo para alentar la esperanza de que Méjico se comprometiera a conceder una especie de exclusiva de las compras del petróleo de su golfo a su gran vecino en aras de las «especiales relaciones», no todas gratas para Méjico, y, por remate, que renunciara a guiarse por la OPEP en materia de precios. A su vez, tampoco le faltó optimismo al presidente Echeverría al suscitar la cuestión del retorno de Cuba a la OEA. Era olvidar una de las facetas más paradójicas de la política exterior de Washington. Mientras mantiene y amplía por todos los medios sus relaciones con el gigante comunista soviético, mantiene y cuida sus relaciones con el otro gigante comunista, China Popular, y trata con una serie de países donde impera el marxismo, recela, teme y se defiende del gran peligro que, a su entender, entraña un país pequeño como Cuba. La postura recuerda a la domadora de leones que se asustaba de un ratón.

\* \* \*

#### UN PUEBLO A LA ESPERA DE UN TERRITORIO NACIONAL

Durante años y años, el lento desarrollo del drama de los palestinos, expulsados de su tierra natal en aras de la creación del Estado de Israel, se ha representado en los campos de refugiados, o sea, entre bastidores. Pero al pasar del tiempo germinó la semilla de desesperación sembrada por las sucesivas oleadas de palestinos barridos de la antigua Palestina por la

fuerza de las armas israelíes. Y surgieron las organizaciones guerrilleras, entre las que destacó rápidamente Al-Fatah. Los medios informativos han dado amplia referencia de las actividades de esos grupos político-militares que a la postre, y no todos, se unieron en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), cuya jefatura ostenta Yasser Arafat. Entre tales actividades han descollado actos desde luego reprobables, aunque, según como se mire, son de terrorismo sin paliativos o de demencial violencia propia de la exasperación. Entre los ofuscados por esa forma de combate figuran, naturalmente, los medios israelíes, prontos a echar en olvido que el terrorismo o acción guerrillera sistemática lo practicaron ampliamente—y con eficacia—en tiempos del mandato británico sobre Palestina organizaciones como la Stern y Hagannah, en particular. Pero es bien sabido que el diablo, harto de carne, se hizo eremita. Al margen de toda valoración moral de acciones originadas por la desesperación—como señalara Pablo VI—, el caso es que los palestinos salieron al escenario internacional y empezaron a desempeñar un papel, por odioso que fuera. Por tanto, desde un punto de vista político, que no se identifica forzosamente con el ético, la acción palestina ha sido eficaz, singularmente debido al refuerzo del arma del petróleo.

La votación celebrada en la Asamblea General de las Naciones Unidas en la noche del 14 de octubre ha evidenciado aquel extremo, por cuanto a propuesta de los países árabes—excepto Jordania—, por 105 votos a favor, 20 abstenciones y cuatro votos en contra (entre ellos el de los Estados Unidos, muy significativo de que están unidos a Israel como la sombra al cuerpo), se acordó invitar a la Organización para la Liberación de Palestina, en calidad de «representante del pueblo palestino, a participar en las deliberaciones de la Asamblea General sobre la cuestión de Palestina en las sesiones plenarias».

Entre las diversas singularidades que se han venido registrando en la ONU, no es la menor el hecho de que una organización político-militar, que no dispone de un palmo de terreno donde establecerse y no ha constituido siquiera un gobierno en el exilio, se vea invitada a tomar parte en sus deliberaciones. Se trata, pues, de un éxito sin precedente de la OLP, éxito que en justicia más corresponde a los países árabes que a la propia OLP. En la actual coyuntura económica, ¡qué mejor sombra que la del árbol petrolífero! Tal evidenciaron las declaraciones del representante de la OLP, Nabil Shaat, presente a título particular en el recinto de la ONU, cuando a raíz de la votación, bien arropado en la fuerza que representan

los países árabes exportadores de petróleo, pudo reiterar cuáles son los objetivos de la Organización, muy propios para encrespar los ánimos israelíes: «liberación de Palestina y establecimiento en *todo su territorio* de un Estado democrático donde podrían vivir sin discriminación árabes, judíos y cristianos».

Resuelta de cara a la ONU y al mundo la cuestión de la OLP, «única representante del pueblo palestino», quedaba por resolver otro delicado aspecto de su accesión a la categoría de incuestionable protagonista, o sea, reconocerle el derecho a instaurar una autoridad independiente «sobre cualquier territorio que sea liberado en el futuro». Exceptuados los territorios egipcio y sirio actualmente ocupados y la franja de Gaza, en un tiempo egipcia, antes palestina y hoy por hoy en poder de Israel, y que ni siquiera se ha mencionado, el único territorio que reúne las condiciones señaladas es Cisjordania u orilla occidental del río Jordán, conquistada en 1967 por los israelíes. Hasta aquella fecha fue parte de Jordania, que ocupó ese territorio en 1948, junto con el sector árabe de Jerusalén. Por decisión del Congreso de Aritha y según referéndum de 1949—restringido a los notables—, Cisjordania se integró en Transjordania, que desde entonces tomó el nombre de Jordania. Es decir, que el propósito de crear un Estado palestino bajo el mando de la OLP en Cisjordania tropezaba de entrada y en primer término con la oposición de Jordania, lógicamente contraria a prescindir de la parte más rica de su territorio, la que le confiere cierta entidad. Esta postura, que ha provocado el aislamiento de Jordania en el mundo árabe y la enfrenta con la OLP, ha venido impidiendo la convocatoria de la segunda fase de la Conferencia de Ginebra. Es más, casi incitó a los ministros de Asuntos Exteriores árabes, reunidos en Rabat el 24 de octubre en sesión preparatoria de la Conferencia en la «cumbre», a eludir la vidriosa cuestión. La amenaza de Yasser Arafat de retirarse dando un portazo obligó a pechar con el problema, que, de otra parte, era tema ineludible después de la votación de la ONU.

Tan arduo era realmente ese problema que la séptima Conferencia árabe en la «cumbre», iniciada el 26 de octubre a nivel de jefes de Estado, con excepción de los de Iraq y Libia, hubo de aplazar su clausura, prevista para el día 28, como se retrasaron la conferencia de prensa del secretario de la Liga Árabe y la del rey de Marruecos, ello después de que se alterase el programa de la Conferencia, que, con todo, pudo preocuparse de la cuestión del Sáhara, por la que tan alborotado anda Marruecos. Es decir, los dime

y directes, discusiones, forcejeos, chalaneos y presiones a que ha dado lugar la resistencia del rey Hussein a pasar por las horcas caudinas dispuestas por los demás países árabes. Nada ha filtrado oficialmente de la lucha que ha sostenido. Sólo se conoce el resultado logrado. Se ha presentado como un gran éxito de la diplomacia de Hassan II, y con no poco triunfalismo se ha calificado de reconciliación jordano-palestina un «acuerdo» que ha permitido a la Conferencia adoptar por unanimidad cinco decisiones relativas a la OLP, que se considera equivalente de todo el pueblo palestino. Si bien reiteran el derecho de los palestinos, representados por la OLP, «sobre cualquier territorio palestino que sea liberado en el futuro», tal derecho, se complementa con una autodeterminación, sin más puntualizaciones. Por tanto, no se excluye la eventualidad de que los habitantes de Cisjordania se autodeterminen súbditos del rey hachemita, lo que no significa que ese territorio siga siendo parte de Jordania, por supuesto. Dicho en otros términos, la «reconciliación jordano-palestina» no es un compromiso en el sentido lato de la palabra, sino una derrota de Hussein enmascarada en una fórmula lenitiva.

Pero aun dando por excelente la fórmula pulida en Rabat sobre Cisjordania, queda pendiente el problema de las cuatro organizaciones de guerrilleros palestinos que se han negado a aceptarla. Es en particular el caso de la FPLP del doctor Habach. Y el rabo por desollar, que es la evacuación de Cisjordania por las fuerzas israelíes. Al parecer, su reocupación por los jordanos hubiera sido extremo al que Tel-Aviv se hubiera resignado. Incluso hay fundadas sospechas de negociaciones secretas en este sentido. En cambio, Tel-Aviv se niega rotundamente a considerar siquiera la perspectiva de un Estado palestino en sus fronteras occidentales. Es postura que ha sido clara, enérgica y reiteradamente expuesta. Por si alguna duda quedara a este respecto, a raíz de la Conferencia de Rabat el ministro de Información, Aharon Yariv, declaró que, decidiera lo que decidiese la «cumbre» árabe, Israel no negociará con la OLP ni con Jordania interpuesta la retirada de sus tropas de Cisjordania, porque «se opone a la creación de un Gobierno palestino en sus fronteras». La reciente entrada en el Gobierno Rabin de representantes del partido Religioso Nacional, rabiosamente opuesto a la cesión de un territorio que por razones históricas—dice—es parte de Israel, se impone como un endurecimiento de la postura de Tel-Aviv. De otra parte, si bien los árabes se mantienen en pie de guerra, esfuerzo que ha de sostener el fondo financiero especial acordado en la «cumbre» por un importe

de 2.350 millones de dólares —o petrodólares—, tampoco los israelíes les van a la zaga. A este respecto son muy reveladoras las declaraciones del jefe del Estado Mayor israelí, Mordechai Gur, quien, entre otras manifestaciones, dijo sin ambages: «Nos estamos preparando para la guerra.»

Las decisiones de Rabat sobre el establecimiento de un Estado palestino no son las indicadas para que se desvanezca el riesgo de nuevo choque armado en el Próximo Oriente, singularmente dado el contexto de crisis mundial en la que tanta incidencia tiene el petróleo. No cabe echar en olvido la velada amenaza formulada por el presidente Ford de tomar medidas para poner término a una situación que hace bailar al mundo occidental al son que tocan los países exportadores de petróleo, entre los que destacan los países árabes. Israel, pertrechado con modernísimo material bélico y en condiciones de tomar la iniciativa para evitar el surgimiento de un Estado palestino fronterizo, podría ser peón de brega de los Estados Unidos, atribulados por el problema energético que plantea ese mundo árabe, donde también la URSS tiene irrenunciables posiciones e intereses. En suma, la Conferencia árabe en la «cumbre» de Rabat, lejos de aclarar el horizonte, lo carga de nubes, a menos de que en su viaje a la URSS, coincidente con la Conferencia de Rabat, Henry Kissinger haya dado con una fórmula mágica para lograr una avenencia con sus interlocutores soviéticos. De hecho, la solución del conflicto árabe-israelí —como la de otros conflictos y problemas— está en Washington y Moscú. Porque, pese a quien pese, sigue en pie el bipolarismo, al margen de cualquier triunfalismo o intento de presentarse como tercero en discordia.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA